

Vivir de la Palabra



Charles H. Spurgeon

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

Vivir de la Palabra

Nº 2577

Sermón predicado la noche el Jueves 15 de Marzo de 1883 por Charles Haddon Spurgeon. En el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres (y seleccionado para ser leído el 3 de Julio de 1898).

“No sólo de pan vivirá el hombre, mas de todo lo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre”. — Deuteronomio 8: 3.

Lo más importante para cada uno de nosotros es la vida. ¿Qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su vida? ¿De qué servirían las riquezas si no se tuviera vida? ¿Cuál es el valor de sobreabundantes acres para un hombre muerto, o el aplauso de las naciones para uno que descansa en su sepulcro? Por tanto, lo primero que un hombre tiene que cuidar, es la vida. Hay algunas personas que toman esta verdad en un sentido erróneo, y entonces la tergiversan. Afirman: “Tenemos que vivir”, aunque en el sentido en que lo dicen, no existe tal necesidad en absoluto. Que tengamos que continuar viviendo aquí, no está claro para nada; sería mucho mejor para nosotros morir que vivir gracias a pecar. Los mártires han preferido sufrir las más terribles muertes antes que deshonorar, ni siquiera por una sola palabra, el nombre de Jesús; y todo verdadero cristiano preferiría la muerte inmediata antes que deshonorar a su grandioso Señor y Maestro.

Ahora, hermanos, según nuestra idea común, si hemos de vivir, tenemos que comer; tenemos que comer pan, que es el báculo de la vida; y algunas veces, cuando el pan escasea, y el hambre provoca agudos tormentos, los hombres han sido conducidos a echar mano de la iniquidad para proveerse del alimento necesario.

Ustedes recuerdan cómo actuó nuestro Divino Señor, quien es nuestro perfecto Modelo en todas las cosas, cuando se encontró en ese caso.

Después de haber ayunado en el desierto cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre, y entonces vino a Él el diablo, y le dijo: “Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan”. Esto equivalía, en efecto, a decirle: “Renuncia a confiar en Tu Padre Celestial. Evidentemente te ha abandonado; te ha dejado en el desierto en medio de las fieras y aunque a ellas sí las alimenta, a Ti no te ha alimentado. Está permitiendo que te mueras de hambre; por tanto, ayúdate a Ti mismo, emplea Tu propio poder. Aunque lo has puesto bajo la custodia de Dios, y, estando aquí en la tierra te has convertido en siervo de Tu Padre, róblele un poco de Tu servicio a Tu Padre, y úsalo para Tu propio beneficio. Toma algo de ese poder que has dedicado a Su grandiosa obra, y empléalo para Tu propio bienestar. Renuncia a confiar en Tu Padre; manda que estas piedras se conviertan en pan”.

De inmediato destelló este texto cuando el Maestro lo sacó como a espada de su vaina: “Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”. Fue sólo por el uso de esta “Espada del Espíritu, que es la palabra de Dios”, que el archienemigo fue alejado de Cristo; y yo quiero usar esa arma ahora. Puedo decir de ella lo mismo que dijo David de la espada de Goliat: “Ninguna como ella; dámela”. Esa espada, con la que Cristo ganó la victoria, es la mejor para ser usada por Sus siervos.

Esta respuesta de nuestro Señor al tentador, nos enseña que el sustento de nuestra vida, aunque naturalmente y de acuerdo a la apariencia ordinaria de las cosas depende del pan, realmente depende de Dios. Es Dios quien da al pan el poder para nutrir al hombre. A mí me parece un gran misterio que el pan, o cualquier otro tipo de alimento, haga eso. Puedo entender cómo, siendo materia en una cierta forma, tienda a construir la estructura material del cuerpo, si bien el proceso por el cual el pan se convierte en carne, y en sangre, y huesos, y músculos, y cabellos, y todo tipo de cosas, mediante la acción perpetua del poder de Dios, es algo muy asombroso.

Pero es algo más notable que este material parezca nutrir, por lo menos en alguna medida, al corazón del hombre, de tal manera que la propia alma y el principio vital en él dependan de ser sustentados por el alimento corporal. ¿Podría explicarnos alguien cómo es que el espíritu interior pone

en acción los músculos de la mano, y los nervios que se comunican con el cerebro? ¿Cómo es que el espíritu impalpable —una cosa que no puedes ver ni oír, que no es en sí misma material— posee poderes mediante los cuales controla la materia de este cuerpo exterior? ¿Y cómo es que la sustancia material del pan obra de alguna manera para mantener a nuestro espíritu en conexión con esta carne y esta sangre?

Yo no puedo explicar este misterio, pero creo que es un continuo milagro obrado por Dios. Frecuentemente me dicen que los milagros han cesado. Me parece que los milagros son la regla de la operación de Dios, y que, por todas partes, se podrían percibir cosas dignas de admiración y de asombro si viéramos más allá de la apariencia externa. Penetremos por un momento debajo de la mera superficie, y veremos:

Un mundo de prodigios: no puedo decir menos.

De acuerdo con nuestro texto, somos llamados a observar que el poder que nos mantiene vivos no está en el pan mismo, sino en Dios, quien decide hacer uso del pan como Su agente para nutrir a nuestro cuerpo. Yo no deduzco de esta verdad que por lo mismo no he de comer nunca, sino que he de vivir por la fe, porque Dios puede hacer que viva sin necesidad de pan. Algunas personas me parecen muy insensatas cuando deducen que, ya que Dios puede sanarme, nunca debo tomar una medicina adecuada o apropiada para una enfermedad, porque debo confiar en Dios. Yo en verdad confío en Dios, pero confío en Dios según la propia manera de obrar de Dios; y Su forma de proceder es ésta: si deseo satisfacer el hambre, tengo que comer ordinariamente pan; si deseo ser curado de alguna enfermedad, tengo que tomar el remedio provisto por Él. Esa es Su regla general de procedimiento; pero sería un error igualmente grave y mostraría otra forma de insensatez, si dijéramos que el pan o la medicina realizan el trabajo. El pan alimenta y la medicina sana, pero Dios es quien obra por esos medios; o, si así le agradara, quien obra sin ellos. Si es necesario que Su hijo viva, y no decidiera comisionar a los cuervos para que le llevaran pan y carne, o si no mandara a una viuda que sustentara a Su siervo, lo podría mantener sin necesidad de ningún medio, pues “No sólo de pan vivirá el hombre, mas de todo lo que sale de la boca de Jehová”. Cuando el Señor habla y le ordena vivir, vive. Dios dijo la palabra para que el mundo existiera. Su Palabra

mantiene todavía la estructura entera del universo sobre sus columnas; y, ciertamente, esa Palabra es capaz de sustentar a nuestra alma con vida, incluso sin usar medios externos, o usándolos, el tiempo que Dios quiera.

Ése, creo yo, es el significado del texto. Dios llevó a Su pueblo al desierto donde no había ni siembra, ni siega, y donde no se hacía pan, y le pareció al pueblo que se moriría de hambre allí; pero, entonces, Dios hizo que el maná cayera del cielo, para mostrar que podía sustentarlo, si no por un medio, por otro muy distinto. Él los llevó donde no había ondeantes riachuelos ni susurrantes corrientes apacibles de agua, pero Su siervo golpeó la roca de pedernal y el agua brotó, para mostrar que Dios podía dar agua a los hombres no solamente de las fuentes del abismo inferior, o de la lluvia de las nubes en lo alto, sino de las sólidas rocas, si así le agradaba.

Amigo mío, Dios puede darte pan para comer. Si bien tal vez no lo haga de la manera que esperas, podría venir de una manera en la que ni siquiera has soñado jamás. He leído acerca de uno que fue condenado a morir de hambre; y, cuando el juez pronunció la sentencia, le preguntó: “¿Y qué puede hacer por ti tu Dios ahora?” El hombre replicó: “Mi Dios puede hacer esto por mí: si quisiera, puede alimentarme de tu mesa”. Y así sucedió, aunque el juez no lo supo nunca, pues su propia esposa le enviaba alimentos a aquel pobre hombre, y lo conservó con vida hasta que por fin recuperó su libertad.

Dios tiene una forma de usar los instrumentos más inverosímiles para cumplir Su propósito. Él puede, si quiere, hacer que las corrientes se junten como en un montón, hasta que la nación elegida haya pasado por en medio del mar; o Él puede permitir que el fuego arda en torno a Su pueblo, pero puede guardarlo de ser quemado, así como Sadrac, Mesac y Abed-nego salieron ilesos del horno de fuego ardiendo y ni siquiera olor de fuego tenían.

Ahora llego al significado más espiritual del texto, y le pido a Dios que lo convierta en un rico alimento para sus almas. Les pido que noten, primero, la Palabra: “Todo lo que sale de la boca de Jehová”. En segundo lugar, consideren el uso que debemos dar a la Palabra; tenemos que vivir de ella; y luego, en tercer lugar, noten la adaptación de esa Palabra para nuestro uso, de cada una de sus palabras, pues, de acuerdo al texto, nosotros

no vivimos de algunas palabras que salen de la boca de Dios, sino: “de todo lo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre”.

I. Primero, entonces, reflexionemos un poco sobre LA PALABRA DEL SEÑOR.

¿Qué queremos decir con la expresión: “la Palabra de Dios”? Dios se digna usar figuras de lenguaje que podamos entender, pues somos como niñitos que tienen que aprender con ilustraciones. Ahora, con relación a un hombre, su palabra es a menudo la expresión de su deseo. Él desea que se haga tal y tal cosa y le dice a su sirviente: “Haz esto”, o le dice a otro: “Ven aquí”, o, “Vé allá”. Su palabra es la expresión de su deseo. ¡Ay!, en cuanto a nosotros, nuestros deseos son a menudo fuertes, pero nuestras palabras son débiles; ordenamos que se haga tal y tal cosa, pero no se hace. Tenemos, tal vez, mil deseos en nuestros corazones que, si fuéramos a expresarlos, sería para hacernos ver ridículos. Podemos desear hacer esto y aquello, pero si dijéramos: “que se hagan estas cosas”, no serían hechas a pesar de todo lo que dijéramos; pues, con frecuencia, donde está involucrada la palabra de un hombre, hay debilidad. Sólo donde está la Palabra de Dios hay poder. Hablando a la manera de los hombres, cuando Dios quiere algo, dice: “Sea”, y es, inmediatamente. El poder de Dios acompaña a Su voluntad. Él dijo: “Sea la luz, y fue la luz”. Dios dijo: “Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase lo seco. Y fue así”. Dios dijo: “Haya lumbreras en la expansión de los cielos para separar el día de la noche; y sirvan de señales para las estaciones, para días y años, y sean por lumbreras en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra. Y fue así”. Basta que Él quiera algo, y sucede. Su Palabra es Su voluntad en movimiento, Su poder puesto en acción; ese es el sentido común y enfático del término.

La Palabra de Dios es también la expresión de Su verdad. Alguien nos dice: “Te prometo tal y tal cosa”, y nosotros le decimos: “Confiamos en tu palabra”. El honor de un hombre está involucrado en su palabra; aquél que no guarda su palabra no es un hombre de honor, y pronto cae en desgracia para con sus semejantes, natural y debidamente. ¡Ay!, las palabras de los hombres no sólo son débiles, sino son volubles y falsas a menudo; pero la Palabra de Dios es la promesa de Alguien que sabe lo que está diciendo,

que es capaz de hacer lo que promete, y que no cambiará nunca ni nunca será falso; de tal manera que, si vemos Su Palabra como la expresión de Su verdad, vemos Su fidelidad; y sobre estas dos cosas: el poder que guarda la promesa, y la voluntad que es fiel para guardarla, podemos descansar con gozo y confianza.

Además, si un hombre es un hombre auténtico, su palabra es una revelación de sí mismo. Uno de los antiguos le dijo a un muchacho muy hermoso y joven, cuando le hubo mirado: “Habla, muchacho, pues entonces puedo verte”; y, con frecuencia, cuando una persona habla, vemos mucho más de su carácter que cuando la vemos simplemente a ella. Hay muchas lindas caras que han sido admiradas debido a su apariencia; pero cuando la lengua no muy bonita de su dueño comienza a parlotear, el amor se queda desconcertado sin poder encontrar algún motivo de admiración. Hay algunas personas que hablan de tal manera que, cuando vemos su interior, se ven tan repugnantes que anulan su atractiva apariencia. Pero un hombre auténtico se revela por sus palabras. Es por esto que el Señor Jesucristo es llamado: “La Palabra de Dios”; Jesucristo es Dios hablando. Dios piensa lo que dice, y los pensamientos de Dios son encarnados en la persona, obra, vida y muerte de Jesucristo, Su amado Hijo. Con toda reverencia decimos que Dios nunca habría podido revelarse más plenamente de cualquier otra manera que dando “a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. Bien hizo en cantar el doctor Watts:

La naturaleza permanece como un volumen abierto,
Para esparcir por doquier la alabanza de su Hacedor;
Y cada labor de Sus manos
Muestra algo digno de Dios.

Pero en la gracia que rescató al hombre
Fulgura su más brillante forma de gloria;
Aquí en la cruz, está más bellamente delineada
En sangre preciosa y líneas de carmín.

Aquí contemplo lo más íntimo de Su corazón,
Donde se unen extrañamente gracia y venganza

Perforando a Su Hijo con el dolor más agudo,
Para hacer míos los placeres comprados.

Queridos amigos, entonces vean ustedes que la expresión “la Palabra de Dios” tiene un alcance muy amplio. Pero mi texto me induce a recordarles algo muy dulce: “No sólo de pan vivirá el hombre, mas de todo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre”. Es hermoso pensar que la Escritura procede de la boca de Dios. No miren ese rollo de papiro sobre el cual está escrita, y sobre el cual los críticos debaten y altercan. Ellos tropiezan casi con cada letra y con cada palabra, y así se pierden de su significado y de su espíritu; pero, en cuanto a ustedes, oren al Espíritu Santo pidiendo que la diga en su corazón como si procediera inmediatamente de la boca de Dios. Cuando Cowper contemplaba el retrato de su madre después de que, para su gran tristeza, había partido de la tierra hacía mucho tiempo, exclamaba:

¡Oh, que eso labios pronunciaran palabras!

Bien, has de considerar que esta Palabra de Dios sale constantemente de nuevo de Sus labios. El Espíritu Santo pone en la Palabra un poder que la hace entrar directamente en tu corazón con el propio tono y majestad del Dios de gracia, el Padre de tu espíritu. Este maná cae siempre fresco del cielo. Los israelitas nunca tuvieron pan rancio en el desierto; ellos recogían el “pan de nobles” fresco cada mañana justo cuando descendía de los cielos. De la misma manera, consideren que cada pasaje de la Palabra de Dios viene fresco a ustedes de parte de Dios; consideren que su Padre Celestial lo está diciendo directamente a su corazón.

Estaba leyendo en uno de los libros de Mark Guy Pearse, un día, un bello pensamiento que no había captado nunca antes. Él pone en boca de un hombre muy sencillo pero piadoso que está hablando acerca de su Padre Celestial, palabras más o menos en este sentido: “Estoy muy seguro de que mi Padre me cuidará. Él no descansó nunca durante los seis días de la creación mientras no hubo preparado un lugar para que Su hijo viniese y viviese allí; mientras no hubo puesto el trazo final sobre ese lugar, y no tuvo la casa lista para Adán, no descansaría del todo. Y ahora mi Padre Celestial no descansará mientras no haya preparado el cielo para mí, y no me haya preparado a mí para el cielo, y Él seguramente me dará todo lo que necesito en el camino”. Cuando leí eso me llegó tan fresco como si hubiera visto

escrito el segundo capítulo del Libro de Génesis. No me pareció como un registro viejo y rancio, sino como un mensaje fresco y vivo procedente de la boca de Dios, en ese lugar y en ese instante. Y hay muchos amados hijos de Dios que, cuando son enseñados por el Espíritu, han hecho nuevas lecturas de los antiguos textos, y, por decirlo así, cuelgan las viejas pinturas al óleo bajo una mejor luz, al punto que nos hemos preguntado al contemplarlos: “¿Serán los mismos cuadros? Parecen contener una fresca belleza y una fuerza inusitada”. Esto debe ser su alimento, queridos hijos de Dios: Su propia Palabra, tal como la tienen aquí, pero tienen que alimentarse de ella como si saliera continuamente de Su propia boca.

El texto dice además: “De todo lo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre”. Queridos amigos, en lo concerniente a la doctrina de la inspiración, no estén turbados en absoluto preguntándose cómo fue inspirada la Biblia, si fue por este proceso o por aquél. A mí no me preocupa mucho cómo fue; yo sé que es inspirada, y eso me basta, y creo que es inspirada verbalmente. Encuentro que el apóstol Pablo esgrime un argumento de peso sobre el uso de un singular o de un plural, allí donde dice: “No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo”. Encuentro que el apóstol Pedro reflexiona sobre una palabra dicha por una mujer, y hace que nos enseñe una importante lección: “Como Sara obedecía a Abraham, llamándole señor”, y así sucesivamente. Y ustedes recordarán que no hace mucho analizamos el texto: “En aquel tiempo, dice Jehová, me llamarás Ishi, y nunca más me llamarás Baali. Porque quitaré de su boca los nombres de los baales, y nunca más se mencionarán sus nombres”; en el que estaba implicada una gran verdad en el uso de dos palabras que eran en cierta forma similares en significado. Yo no estoy diciendo que nuestras versiones en inglés sean inspiradas, pues hay errores en la traducción; pero si pudiéramos llegar al texto original, tal como fue escrito al principio, no tengo miedo de decir que cada jota o tilde —cada tilde de una t y cada punto de una i— fueron inspiradas infaliblemente por Dios el Espíritu Santo. Yo creo en la infalibilidad y en la infinitud de la Santa Escritura. Dios inspiró el registro entero, desde Génesis hasta Apocalipsis, y todo lo que está en medio; y Él desea que creamos en una parte de la Palabra tanto como en otra. Si ustedes no creen en eso, no servirá de alimento para ustedes; estoy seguro de que no lo hará; sólo hará las veces de vomitivo

para ustedes, mas no será un alimento. No podría alimentar su alma en tanto que estén disputando acerca de ella. Si no es la Palabra de Dios, entonces es la palabra del hombre, o la palabra del diablo; y si a ustedes les interesa vivir de la palabra del diablo o de la palabra del hombre, a mí no me interesa. Pero la Palabra de Dios es alimento para el alma que mora con Dios, y no puede quedarse satisfecha con nada más.

II. Ahora prosigamos a nuestro segundo punto, que es: EL USO QUE DEBEMOS DAR A LA PALABRA DE DIOS. Hemos de vivir de ella.

Un día, me senté bajo una haya en la ‘Nueva Foresta’. Me gusta mirar a las hayas, y estudiarlas, y hago lo mismo con otros árboles, pues cada árbol tiene sus propias peculiaridades y hábitos, su manera especial de torcer sus ramas y de hacer crecer su corteza, y de abrir sus hojas, etcétera. Cuando alcé mi mirada hacia esa haya, y admiraba la sabiduría de Dios al crearla, vi a una ardilla que corría dando vueltas y vueltas alrededor del tronco y subiendo a las ramas, y me dije: “¡Ah!, esta haya es para ti muchísimo más de lo que es para mí, pues es tu hogar, y tu sustento, y tu todo”. Sus grandes ramas eran las calles principales de su ciudad, y sus ramitas eran sus veredas; esa ardilla tenía su casa en algún lugar de ese árbol, y las vainas de la haya eran su alimento diario; vivía de ella.

Bien, ahora, la manera de tratar con la Palabra de Dios no es contemplarla simplemente, o estudiarla como lo hace un estudiante; sino vivir de ella así como la ardilla vive de su haya. Ha de ser para ti, espiritualmente, tu casa, tu hogar, tu alimento, tu medicina, tu vestido, el único elemento esencial de la vida y del crecimiento de tu alma.

Hay algunas personas, a las cuales conozco, que toman la Palabra de Dios, y juegan con ella. Están interesadas en sus narraciones, estudian sus historias a la luz de la investigación moderna, etcétera; pero no fue destinada simplemente para un propósito como ése. Las rebanadas de pan no son puestas sobre la mesa para que las esculpas de diferentes maneras y para ser miradas simplemente; tienen el propósito de servir de alimento. Ese es el uso apropiado del pan, y ese es el uso apropiado de la Palabra de Dios.

Algunos hacen cosas peores que ésta; no es tanto que jueguen con la Biblia sino que se pelean por ella. Contienden fieramente por una doctrina,

y condenan a todo el mundo que no acepte su interpretación particular de ella. Cuando he oído a algunos predicadores me ha parecido que han sacado una doctrina a propósito para pelear por ella.

Yo tengo un perro que tiene una alfombra en la que duerme, y cuando vaya a casa esta noche, la sacaré, y la sacudirá delante de mí, no porque le interese particularmente su alfombra, sino porque sabe que yo le diré: “dámela”, y entonces él va a ladrarme y dirá en su lenguaje: “no, no te la daré”.

Hay algunas personas que citan las doctrinas de la gracia justo de esa manera. Puedo verlas trotando mientras sostienen en la boca la doctrina de la elección sólo para que algún hermano arminiano dispute con ellas al respecto, y, entonces, puedan ladrarle.

No actúen así, amados. El peor utensilio con el que pueden derribar a un hombre es la Biblia; tiene por fin que vivamos de ella; no tiene por objeto ser un arma en nuestras controversias, sino nuestro diario alimento del que vivimos con regocijo. No creo que nuestras Biblias nos fueran dadas para que simplemente las empleemos como telescopios para auscultar los cielos, para tratar de descubrir qué sucederá dentro de cincuenta años; estoy cansado de las profecías y especulaciones que, como regla general, terminan en nada.

Conozco a algunos hermanos con quienes no se puede hablar de ningún pasaje sin que digan: “Oh, tú no has visto el último librito de R. B. S. (esas no son las iniciales reales del buen hermano) en el que dice que este pasaje no se aplica a nosotros, sino que solamente está destinado para los judíos”; o también, “Eso era sólo para la Iglesia en el desierto, y no para nosotros en estos días”. No usemos indebidamente la Palabra de Dios, sino valorémosla como el pan del que hemos de vivir: “No sólo de pan vivirá el hombre, mas de todo lo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre”.

“Pero ¿cómo podemos vivir de palabras?” nos pregunta alguien. Has hablado bien; no podemos vivir de palabras si son palabras de hombre; pero no hay nada como la Palabra de Dios para vivir de ella. A esa Palabra le debemos nuestra vida. Él habló para que fuéramos creados, Él habló para que el alma entrara en nuestro cuerpo. Por esa Palabra de Dios somos

mantenidos vivos diariamente; basta que Dios la revierta, y diga: “Regresen, ustedes, hijos de los hombres”, y tendríamos que regresar de inmediato al polvo del cual salimos.

Es por la Palabra de Dios, ciertamente, que comenzamos a vivir espiritualmente; por medio de la obra eficaz de Su Palabra creímos en Cristo. La simiente viva e incorruptible fue sembrada en nuestro corazón, y por ella comenzamos a vivir; y es por la misma Palabra que nuestra alma es sustentada con vida. Hasta este momento, ustedes y yo no hemos recibido ningún nutrimento del Espíritu Santo excepto por esa Palabra de Dios que es el alimento del Israel espiritual en el desierto de este mundo. Cristo dijo: “Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida”; y es por Él, como Palabra de Dios, que nuestra vida ha de crecer todavía más. No hay ningún desarrollo del cristiano que le venga de cualquier otra manera excepto por la Palabra de Dios, encarnada o inspirada. Aquel que habló, y fuimos creados, tiene que hablar para que tengamos un ser más fortalecido todavía. La fe es el don de Dios, pero también lo es la seguridad. La primerísima chispa de vida es el don de la gracia de Dios; pero también lo es la llama seráfica del cielo. Todo eso proviene de la Palabra de Dios; y cuando estemos a punto de entrar al cielo, el último toque que nos perfeccionará, no será dado por ningún cincel, sino por la Palabra de Dios. Nuestro Señor oró por Sus discípulos: “Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad”; y esa Palabra completará el proceso entero. Vean, entonces, amados, de qué ha de vivir lo más íntimo de su espíritu: de la Palabra de Dios.

Hermanos y hermanas, ¿podría preguntarles si están todos ustedes suficientemente conscientes de esta gran verdad? Ustedes nunca recibieron la vida espiritual debido a sus propios sentimientos. Vivieron, cuando creyeron en la Palabra de Dios; y nunca alcanzarán ningún incremento de vida espiritual, ni de gracia creciente, por sus propios sentimientos o por sus propias acciones. Tiene que ser todavía por su fe en las promesas, y por alimentarse de la Palabra. No hay ningún otro alimento para sus almas; todo lo demás resultará ser al final, algarrobas.

Entonces, ¿tienes hambre? Ven, y aliméntate de la Palabra. ¿Te has rebelado? Ven, y aliméntate de nuevo de la Palabra. Dios sana a Su pueblo

alimentándolo. “¿Cómo es eso?”, preguntas. Cuando la iglesia de Laodicea no era ni fría ni caliente, de tal forma que Cristo sentía que tenía que vomitarla de Su boca, incluso entonces le dijo al ángel de esa iglesia: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo”. Y yo me atrevo a decir que: “No hay cura para la tibieza como una buena cena con Cristo”. Si Él entra, y cena contigo, y tú con él, tu tibieza desaparecerá de inmediato. No comiences siendo salvado por la fe para luego proseguir a ser salvado por obras; no trates de mezclar esas dos cosas. Si eres de la casa de Sara, no inclines tu rodilla delante de Agar, ni regreses a la esclava. Si has vivido de la Palabra simple y pura, dándole crédito por una fe viva dada por Dios, prosigue viviendo de la misma manera y crece por la Palabra. Aliméntate de ella continuamente, siguiendo la indicación: “Fortaleceos en el Señor, y el poder de su fuerza”.

III. Ahora llego a mi último punto, sobre el que quiero insistir muy enfáticamente, y es: LA ADAPTACIÓN DE LA PALABRA DE DIOS PARA LA ALIMENTACIÓN DE NUESTRAS ALMAS: “De todo lo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre”.

“De toda palabra”. Si se restringen en su alimentación a uno o dos artículos, cualquier médico les dirá que hay un peligro que su cuerpo no sea suplido con toda forma del nutrimento requerido. Un adecuado y amplio rango de dieta es recomendable para quienes quieren gozar de una vigorosa salud. Y en las cosas espirituales, si guardan una parte de la Palabra de Dios podrían vivir de ella, pero la tendencia sería a no alcanzar la plena salud espiritual debido a la falta de algún nutrimento que la Palabra les habría suplido si la hubieran usado. Cuando el hombre se alimenta de toda Palabra de Dios, vive en el estado más elevado y saludable.

Miren, por ejemplo, a la doctrina en la Palabra de Dios. “A mí no me gusta la doctrina”, dice alguien. ¿Sabes lo que estás diciendo? Tú eres un discípulo, pero no te gusta la enseñanza, pues doctrina quiere decir enseñanza. Que un discípulo diga que no le gusta ser enseñado, equivale a que dijera que no le gusta ser un discípulo; y, de hecho, no es un discípulo en el verdadero sentido de ese término. Es importante que conozcamos cualquier verdad proclamada en la Palabra de Dios.

“¡Oh!”, —dice alguien— “pero hay algunas verdades que no son importantes”. Yo no conozco ninguna. En los lugares donde cortan diamantes recogen el polvo porque el propio polvo de los diamantes es valioso; y en la Palabra de Dios, toda la verdad es tan preciosa que aun la verdad más ínfima —si existiera tal cosa— es todavía polvo de diamante y es indeciblemente preciosa. “Pero”, —objetas tú— “yo no veo que una tal verdad sea de algún uso práctico”. Pudieras no verlo, amigo, pero es así. Si yo escribiera mi experiencia como Pastor de esta iglesia, podría mostrarles que ha habido personas convertidas a Dios por medio de doctrinas que algunos habrían considerado como improbables para que produjeran ese resultado. Sé que la doctrina de la resurrección ha llevado a los pecadores a Cristo; he conocido a muchas personas que han sido traídas al Salvador por la doctrina de la elección; precisamente se trataba del tipo de personas que, hasta donde puedo ver, no habrían venido si esa verdad no fuera una doctrina angular que golpeó su corazón en el lugar preciso y que se introdujo en las grietas de su naturaleza.

Yo creo que todo lo que está en la Palabra de Dios tiene que ser predicado, tiene que ser creído y tiene que ser estudiado por nosotros. Toda doctrina es útil para un fin u otro. Si no es alimento, es medicina, y los niños necesitan algunas veces un tónico así como necesitan la leche. Toda planta en el huerto de Dios responde a algún buen propósito; por tanto, debemos cultivarlas todas, y no debemos descuidar ninguna doctrina.

Sin embargo, cuando me acerco a la Palabra de Dios, encuentro que no todo es doctrina, y descubro que hay mucho de precepto. Ahora, tal vez, alguien diga: “A mí no me interesan los preceptos”. Solíamos tener un conjunto de personas llamadas cristianas, quienes, si predicabas acerca de algún deber del creyente, decían de inmediato: “No podemos soportar la palabra ‘deber’; contiene una resonancia legal”. Recuerdo haberle dicho a uno que me llamó: “un predicador legal”: “Eso está muy bien: ‘legal’ quiere decir: ‘conforme a derecho’; y tú quieres decir, yo supongo, que soy un predicador conforme a derecho y tú eres una persona contraria a la ley puesto que objetas mi predicación”. Pero solía ser así; si predicabas doctrina sana y buena, si predicabas sobre los privilegios de los creyentes, eso los complacía mucho; pero cuando comenzabas a hablar acerca de las partes prácticas de la Palabra de Dios, entonces, se ofendían de inmediato.

No ha de sorprendernos, pues su conciencia les remordía por su descuido de esas porciones de las Escrituras.

Pero, queridos amigos, vivimos de los preceptos así como de las doctrinas y se han convertido para nosotros en nuestro alimento necesario. Ustedes saben qué dijo David acerca de los mandamientos del Señor: “Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado; y dulces más que miel, y que la que destila del panal. Tu siervo es además con ellos; en guardarlos hay grande galardón”.

Bendito sea Dios porque hay también una extensa porción de este Libro que se ocupa de las promesas. Queridos amigos, deben conocer bien las promesas. Con frecuencia he comprobado que me es útil ese librito en el que el doctor Samuel Clarke ha clasificado las promesas bajo diferentes categorías. Es muy útil, si tienen problemas, referirse a todas las promesas que son dadas a aquellos que se encuentran en circunstancias similares a las suyas; por ejemplo, para los enfermos, o para los pobres, o para los que son blanco de calumnias. Al leer esas promesas, una tras otra, se dicen a ustedes mismos: “Esta es mi chequera; puedo tomar las promesas conforme las necesite, firmarlas por la fe, presentarlas en el grandioso Banco de la Gracia, y salir enriquecido con la ayuda presente en el tiempo de necesidad”. Esa es la manera de usar las promesas de Dios, para que ministren a la vida de nuestro espíritu.

Pero, queridos amigos, gran parte de la Palabra de Dios está conformada por historias. Allí tienen la historia de la Creación y de la Caída, de Abraham, y de Isaac, y de Jacob, y de Moisés y de los reyes y príncipes y del pueblo de Israel. Tal vez se pregunten: “¿Es alimento eso?” Ciertamente. Hay críticos, en estos días, que hablan despectivamente del Antiguo Testamento, y hablan como si los Evangelios constituyeran toda la Palabra de Dios; incluso consideran que las Epístolas son de inferior calidad. Pero todo eso está mal; el hombre vive de toda Palabra de Dios; y, a menudo, una historia, dándonos un ejemplo de fe o una prueba de la fidelidad de Dios para ayudar a Su pueblo atribulado, se convierte en un alimento más adecuado de lo que podría ser la promesa sola. Los hombres dicen que hay más fuerza en lo concreto que en lo abstracto. Ciertamente

hay más poder en algo presentado en vivo del que hay en eso mismo expresado en palabras.

Si van alguna vez a las galerías de cuadros de Versalles, pueden caminar a través de —iba a decir— miles de kilómetros de galerías entre cuadros de reyes y hombres notables de diferentes épocas; pero nadie se detiene a mirarlos ni a ustedes mismos les interesaría verlos. Son simples cuadros; pero, abajo, hay pinturas de los mismos hombres, sólo que están pintados en orden de batalla o en varias posiciones que los muestran en acción. Ahora sí se detienen y los miran, pues están interesados en la representación de las escenas que vivieron.

Así, algunas veces, las promesas de Dios están colgadas como cuadros en la pared, y no las advertimos; pero cuando vemos a los hombres que confiaron en esas promesas y comprobaron la verdad de ellas, entonces hay una suerte de interés humano acerca de ellas que gana nuestra atención y habla a nuestros corazones. No descuiden nunca las partes históricas de la Palabra de Dios, pues están llenas de alimento para los hijos de Dios.

Sucede precisamente lo mismo en relación con las profecías. Una vez oí decir al señor George Müller que a él le gustaba leer toda la Biblia, una y otra vez, y que a él le gustaba leer las porciones de la Biblia que no entendía. Esa parece más bien una declaración singular, ¿no es cierto? Pues, ¿de qué nos sirve la lectura si no entendemos lo que leemos? El buen hombre me lo explicó así: “Un niño que está con su padre, y hay mucho de lo que su padre le dice que él comprende y absorbe, y le agrada mucho oír hablar a su padre. Pero algunas veces su padre habla de cosas que están mucho más allá de su alcance, pero al muchacho le gusta escuchar; aprende un poquito aquí y allá, y gradualmente, cuando ha escuchado año tras año, comienza a entender lo que dice su padre como no lo habría hecho nunca si se hubiera alejado corriendo siempre que su padre comenzaba a hablar de cosas incomprensibles”.

Lo mismo sucede con las profecías, y con otras partes profundas de la Palabra de Dios. Si las lees una vez o dos pero no las comprendes, a pesar de ello estúdialas, y entrégales tu corazón, pues, gradualmente, la verdad preciosa permeará tu espíritu, y beberás insensiblemente sabiduría que de otra manera nunca habrías recibido.

Cada parte de la Palabra de Dios es alimento para el alma; entonces, queridos amigos, pudiera ser que haya un mensaje de amenaza que les hable muy ásperamente, pero que es también muy provechoso para ustedes. Tal vez, algún domingo, salgan del Tabernáculo y digan: “Nuestro pastor no nos ha consolado esta mañana; pareciera que nos ha desmenuzado y aplanado con la grada y nos ha arado”. Sí, yo sé que así sucede algunas veces; pero es para su provecho, pues, como dijo Ezequías: “Por todas estas cosas los hombres vivirán”. Sucede frecuentemente que necesitamos ser humillados, y probados, y acrisolados y abatidos; y todo hijo de Dios con una mente recta dirá: “Mi entrenamiento no debe ser de acuerdo a mi mente, sino que debe ser conforme a la mente de Dios”. El sermón que más nos agrada pudiera no aprovecharnos de nada, mientras que el sermón que nos aflige y nos veja pudiera, tal vez, hacernos un servicio sumamente esencial. Cuando la Palabra de Dios te escudriña al revés y al derecho, ábrele tu corazón. Deja que el viento sople a lo largo de todo tu ser, para que se lleve todo harapo y reliquia que deban ser erradicadas de ti.

Hay algunas palabras de Dios que son muy breves, pero contienen un abundante alimento para el alma. Algunas veces me he quedado muy quieto, al estar mirando algún texto, y me he sentido como Jonatán cuando encontró la miel. No podía comer del todo; sólo podía hundir mi vara en ella, y probarla; y yo quería convocarlos a todos ustedes para ver si pudieran limpiar este bosque tan cargado de dulzura. En otros momentos, de camino a casa, cuando yo mismo no he obtenido mucho durante el sermón, el Maestro me ha dado un festín en el camino; y me he reído una y otra vez del puro gozo del corazón sobre algún precioso pasaje del que una luz fresca ha brotado para animar mi espíritu y alegrarme en el Señor.

¡Oh, guarden la Palabra, hermanos míos! Guárdenla como Palabra de Dios, y como salida de Su boca. Chúpenla e introdúzcanla en su alma; no pueden comer demasiado de ella. Aliméntense de ella de día y de noche, pues así Dios hará que vivan la vida que es verdadera vida.

Si hay alguna pobre alma aquí que quiera encontrar la vida eterna, querido amigo mío, te pido que la busques en la Palabra de Dios, y sólo allí. “Pensé en ir a casa y orar”, dice alguien. Hazlo; pero, al mismo tiempo, recuerda que tus oraciones son de poco valor sin la Palabra de Dios. Oye

primero la Palabra de Dios y luego vé y dile a Dios tu propia palabra; pues es en Su Palabra, más que en tu palabra, que la salvación ha de ser encontrada. Recuerda esa grandiosa frase del Libro de Éxodo, donde Dios dice: “Veré la sangre y pasaré de vosotros”. No dice: “Cuando ustedes vean la sangre”, sino cuando Él vea la sangre. Entonces, cuando Dios mira la sangre derramada y rociada de Cristo, es cuando los mira a ustedes con piedad y compasión. Mira donde Dios mira, y entonces tus ojos se encontrarán con los Suyos. Si miras a Cristo, y Dios mira a Cristo, entonces se encontrarán las miradas de ambos, y encontrarás gozo y paz en la fe. Dios el Padre admira a Cristo; pobre alma, tú también admírale; entonces habrá un punto en el que ambos estarán de acuerdo. Dios el Padre confía Su honra y gloria a Cristo; confía tu alma a Cristo, pues así estarán de acuerdo. ¡Que Dios te conceda que puedas hacer eso en este instante! Recuerda sólo este texto cuando prosigas tu camino: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna”. ¡Que Dios nos conceda que cada uno de ustedes tenga esa vida eterna, por Cristo nuestro Señor! Amén.

